

**Ernst Jünger** / La movilización total

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL FUE LA FRONTERA QUE DIVIDIÓ DOS MUNDOS. DE LOS CONFLICTOS ANTERIORES CONOCEMOS EL NOMBRE DE CASI TODOS LOS CAÍDOS EN COMBATE. LOS SOLDADOS DE ESTE SIGLO SON DESCONOCIDOS, NÚMEROS EN UNA SERIE ESTADÍSTICA. EN AQUELLAS TRINCHERAS, HUBO QUIENES VISLUMBRARON LA TENDENCIA FUNDAMENTAL DE NUESTRA ÉPOCA: EL ALAMBRE DE PÚA, EL PLAN GENERAL, LA ADMINISTRACIÓN TOTAL DE LA VIDA, LA MUERTE QUÍMICA. ERNST JÜNGER FUE UNO DE ESOS SOLDADOS. ALEMÁN, Y NO POR AÑADIDURA. LAS SEÑAS DE IDENTIDAD INDICAN UNA DOBLE VIDA: ENTOMÓLOGO AFICIONADO Y VOLUNTARIO EN LA LEGIÓN EXTRANJERA, IMPULSOR DE UNA POÉTICA BELICISTA Y ANARQUISTA ESCÉPTICO, FINO ESTILISTA Y CAPITÁN DEL EJÉRCITO OCUPANTE DE FRANCIA. EL PRONTUARIO SE DESEMPAÑARÍA UN POCO SI ANALIZÁRAMOS LOS AÑOS DE ENTREGUERRAS MÁS ALLÁ DE LAS OPOSICIONES FASCISMO-DEMOCRACIA O REVOLUCIÓN-CAPITALISMO. LA FE Y EL DESENCANTO, LA FIESTA Y EL PROGRAM, LA VANGUARDIA Y LA TORMENTA CONTENIDA: LAS ASIMETRÍA CONFLUÍAN VERTIGINOSAMENTE EN LOS '30. *LA MOVILIZACIÓN TOTAL* (1930) FUE EL PRÓLOGO A UN LIBRO COLECTIVO, *GUERRA Y GUERREROS*, PREPARADO POR EL PROPIO JÜNGER, QUE LE SIRVIÓ A MODO DE ENSAYO GENERAL PARA *EL TRABAJADOR*, LIBRO DE TESIS SOBRE EL SIGLO XX.

ERNST JÜNGER AÚN ESTÁ VIVO. MUY PRONTO LLEGARÁ A LOS CIEN AÑOS. SU OBRA INCLUYE NOVELAS Y ENSAYOS, PERIODISMO POLÍTICO Y AFORISMOS, FILOSOFÍA Y SABERES OCULTOS. PERO MIENTRAS MARTIN HEIDEGGER Y CARL SCHMITT HAN SIDO LEÍDOS, ADORADOS Y DESAPROBADOS, LA OBRA DE JÜNGER TODAVÍA ES RELATIVAMENTE DESCONOCIDA. QUIZÁS NO TOMÓ UN PARTIDO DECIDIDO, QUIZÁS MANTUVO UNA INDEPENDENCIA INCÓMODA, QUIZÁS NADIE QUIERE PENSAR AQUELLA ÉPOCA SIN LA TAXONOMÍA DE RIGOR. ERNESTO SCHÓO REVISLA LA ESTADÍA DE JÜNGER EN PARIS Y CHRISTIAN FERRER MEDITA SOBRE EL LUGAR QUE OCUPAN LA TÉCNICA Y LA POLÍTICA EN SUS ENSAYOS.

1. Repugna al espíritu del heroísmo que se busque una representación de la guerra en un nivel donde la actividad humana ejerce aún un control. Porque, corrientemente, la forma pura de la guerra sufrió a través de la geografía y de la historia humanas múltiples transformaciones, y adopta máscaras y disfraces que ofrecen un espectáculo fascinante al espíritu.

Tal espectáculo hace pensar en volcanes que vierten siempre la misma lava, mientras las regiones donde se desarrolla esa actividad telúrica son muy diferentes. Haber participado en una guerra se asemeja de alguna manera al hecho de encontrarse en una zona amenazada por una de esas montañas vomitando fuego. No obstante, el Hekla de Islandia es muy diferente del Vesubio, que domina la bahía de Nápoles. Pero la diversidad de los paisajes se va diluyendo a medida que uno se acerca a la mandíbula ardiente del cráter. Allí donde irrumpe la pasión en sentido estricto, es decir, primeramente en la lucha inmediata y simple por la vida, es accesorio conocer la fecha del combate, las ideas que lo justifican y el tipo de armas utilizado. Pero no es ese el tema del siguiente ensayo.

Por el contrario, trataremos de reunir un cierto número de hechos que distingan la última guerra -nuestra guerra, el acontecimiento más importante y decisivo de nuestra época- de todas las otras cuyas vicisitudes han llegado hasta nosotros.

2. La mejor manera para distinguir el carácter específico de esa gran catástrofe consiste sin duda en mostrar que ha sido una ocasión para concluir una estrecha alianza entre el genio de la guerra y la idea de progreso. Y eso no sólo es verdad para la lucha entre naciones, sino también para la guerra civil que ha acopiado una segunda cosecha en muchas de ellas. Entre esos dos fenómenos: la guerra mundial y la guerra civil, existe una imbricación muy profunda, que o aparece a primera vista. Ambas son dos variantes de un mismo acontecimiento de envergadura planetaria, y, en muchos aspectos, se corresponden una con otra, tanto en lo que se refiere a su origen como a la manera como han aparecido.

La naturaleza de lo que se disimula bajo la noción de "progreso" (un concepto vaporoso cuyo brillo recorre toda la gama pictórica) reserva sin duda a nuestra reflexión extraños descubrimientos; nuestra actitud actual respecto al progreso nos inclina a denigrarlo, aunque, en verdad, a un nivel muy elemental. Evidentemente, se puede apelar, para justificar una aversión semejante, a ese estado de espíritu del siglo XIX que se fundaba en sostener al progreso -pero, frente al desagrado general que provoca la trivialidad y uniformidad de lo que ha producido y nos ha impuesto, se manifiesta una sospecha: las razones que están en el principio de tales resultados del progreso no tenían otro sentido? Últimamente, el proceso de asimilación está orientado por el atractivo de una vida mejor e inexplicable. A decir verdad, no faltan actualmente las razones que permiten constatar que el progreso *no es una progresión*; pero sin dudas es más decisivo preguntarse si su verdadero sentido no es ya secreto y de otro orden, si no se disfraza de hecho con una máscara de la razón tan transparente para disimularse mejor.

Porque es significativa la seguridad con la que algunos movimientos del progreso conducen a resultados contrarios a sus intenciones, lo que lleva al presentimiento de que se imponen, como en cualesquiera realidades de la vida, no tanto esas intenciones cuanto otros resortes más secretos. A menudo, el espíritu ha menospreciado a las marionetas de madera del progreso; pero los hilos que las mueven siguen invisibles.

Se quiere saber sobre la estructura de esas marionetas? La guía más agradable es la novela de Flaubert, **Bouvard y Pecuchet**. Pero si se tiene curiosidad por las virtualidades de sus movimientos más subterráneos, más dóciles a la intuición que a las pruebas, Pascal y Hamann nos ofrecen muchos pasajes sin desperdicio.

"Incluso los productos de nuestra imaginación, de nuestros fantasmas, de las *fallaciae opticae* y las ilusiones pertenecen al reino divino." Expresiones semejantes son frecuentes en Hamann y manifiestan un giro del espíritu que intenta incluir en la órbita de la alquimia los esfuerzos de la química. Dejemos aquí el problema topológico que plantea la atribución de la ilusión óptica constituida por el progreso a una u otra disciplina, puesto que nos dirigimos a un lector del siglo XX, y nuestro ensayo no se incluye en el género demonológico. No obstante, una cosa es cierta: únicamente una fuerza cultural, únicamente una *fe* puede tener la audacia necesaria para extender sobre el infinito la perspectiva finalista de la utilidad.

Y en cualquier caso, quién dudaría que el progreso sea la iglesia más popular del siglo XIX -la única que puede vanagloriarse de una autoridad real y de un credo exento de toda crítica?

3. Dado el clima de civilización en el seno del cual ha sido declarada esta guerra, la relación que cada uno de los beligerantes mantenía con el progreso tenía que jugar un papel decisivo. A decir verdad, allí hay que buscar el verdadero resorte moral de nuestra época: su irradiación sutil imponderable sobrepasa incluso la potencia de los ejércitos más fuertes, dotados del material de destrucción más reciente producido por nuestra era maquinista, puesto que nuestra era es capaz de reclutar sus tropas hasta el campo adversario.

Para comprender mejor ese proceso, introducimos el concepto de *movilización total*: se ha ido los tiempos en que bastaba con enviar al combate a unos millares de hombres, confiando el mando a un general fiel -es un poco lo que describe Voltaire en *Cándido*-, y que, cuando Su Majestad perdía una batalla, el primer deber de sus súbditos era permanecer tranquilos. Durante la segunda mitad del siglo XIX, gobiernos conservadores aun podían preparar una guerra, dirigirla y ganarla en medio de la indiferencia general, o incluso a pesar del rechazo de instancias representativas de la población. Lo que presuponía una relación estrecha entre la Corona y el ejército, de modo que el nuevo sistema de servicio militar obligatorio sólo representaba una variante superficial, porque, en el fondo, esa relación provenía del mundo patriarcal. Por eso implicaba también una cierta previsión de los equipos y de los costes, pues, aunque la guerra era un gasto, ciertamente extraordinario, no por eso era ilimitado, sino que se mantenía dentro de las fuerzas y los medios disponibles. En ese sentido, incluso una movilización general era siempre *parcial*.

Esa restricción no la justifica únicamente la limitación impuesta al volumen de los medios a emplear, pues es al mismo tiempo el efecto de una razón de Estado específica. El Monarca posee un instinto natural que le resguarda y le impide abusar de los bienes de su casa. Le parece menos censurable fundir su tesoro que pedir un crédito a cualquier Parlamento, y, en el momento decisivo de una batalla, sacrificará antes a un contingente de voluntarios que a su guardia. En Prusia, ese instinto ha conservado toda su fuerza hasta finales del siglo XIX, y se manifiesta, entre otras ocasiones, en la áspera lucha sostenida para mantener un servicio militar de tres años, puesto que desde el punto de vista de la casa imperial, únicamente se puede confiar en tropas cuya permanencia en filas es larga, mientras que un servicio militar de corta duración caracteriza a los ejércitos formados por voluntarios. Asombra que a veces se renuncie al progreso -algo incomprensible en espíritus contemporáneos-, o al perfeccionamiento del equipamiento militar; pero esas dudas tienen también su estrategia. Cada mejora aportada a las armas de fuego, y en especial al aumento de su alcance de fuego, constituye un atentado indirecto al régimen de la monarquía absoluta. Cada una de tales mejoras tiene por correlato necesario la mejor influencia del tirador individual, en tanto la salva simboliza un poder de mando centralizado. Guillermo I es uno de los últimos jefes a quien las manifestaciones de entusiasmo le desagradaban, pues su fuente es similar al pellejo de Eolo que no encubre solamente la tempestad de los aplausos. La verdadera piedra de toque de un poder no es que se le conceda un triunfo más o menos grandioso, sino que sepa perder una guerra.

Así pues, la movilización parcial responde en esencia a la monarquía. Ella sobrepasa sus propios límites en la medida en que se ve obligada a admitir que participan en el equipamiento militar esas formaciones abstractas que son la inteligencia, el dinero, el "pueblo"; en resumen, las fuerzas de la naciente democracia racional. Una mirada retrospectiva nos permite hoy comprender que era prácticamente imposible renunciar a semejante colaboración. Por otra parte, la manera de incorporarlas al funcionamiento del aparato estatal constituye el verdadero problema planteado a la política del siglo XIX. En ese contexto adquiere sentido la fórmula de Bismarck: "La política es el arte de lo posible".

Ahora se puede seguir la evolución durante la cual el acto de movilización va adquiriendo un carácter cada vez más radical, puesto que, en medida creciente, la existencia toda se convierte en energía, y las comunicaciones sufren una aceleración reciente en provecho de la movilidad. Mientras que en muchos países decretar la movilización seguía siendo, incluso cuando la guerra había estallado ya, un derecho exclusivo de la Corona. Los acontecimientos que orientan ese nuevo estado de cosas son muy diversos. El hundimiento de los órdenes y la reducción de los privilegios de la nobleza traen consigo la desaparición de la noción de casta guerrera; la defensa armada del país no es ya sólo la obligación y el privilegio de soldados de oficio; se convierte en la tarea de todos los que son susceptibles de empuñar las armas. Por otra parte, el enorme aumento de gastos militares hace imposible que un tesoro de guerra limitado pueda hacer frente a los gastos necesarios para la conducción de las hostilidades, que requiere, por el contrario, que se exploten todos los créditos y que se requiese cualquier moneda ahorrada a fin de mantener la máquina en marcha. Por eso mismo, la imagen de la guerra, que la representa como una acción armada, se borra cada vez más en beneficio de la representación mucho más amplia que la concibe como un gigantesco proceso laboral. Junto a los ejércitos que se enfrentan en los campos de batalla, surgen ejércitos de otro tipo: el ejército encargado de las comunicaciones, el que tiene la responsabilidad de la intendencia, el que se encarga de la industria de los equipos -el ejército del trabajo en general. En la última fase de la evolución de la que acabamos de hablar, y que corresponde ya al final de la primera guerra mundial, no hay ninguna actividad -ni siquiera la de una empleada doméstica que trabaja en su máquina de coser- que no destine su producción, al menos indirectamente, a la economía de guerra. La explotación total de toda la energía potencial, que se ejemplifica en esos talleres de Vulcano construidos por los estados industriales en guerra, sin duda revela del modo más significativo que estamos a las puertas de la era del trabajador, y esa requisa radical hace de la guerra mundial un acontecimiento histórico que sobrepasa en importancia a la Revolución Francesa. El despliegue de energías tan amplias, puesto que no basta con equipar a los que combaten, necesita que se extienda hasta el tuétano, hasta el nervio más fino de la vida: esa es la tarea de la movilización total. Modificando con un solo gesto la estructura de la división del trabajo, ramifica la red de la vida moderna, ya compleja y nervificada considerablemente a través de múltiples conexiones, sobre esa línea de alta tensión que es la actividad marcial.

Al comienzo de la guerra, el entendimiento no habría podido prever una movilización de tal amplitud. No obstante, algunas medidas aparentemente sin conexión entre sí, fueron los signos precursores: el fuerte contingente de voluntarios y reservistas alistados desde el comienzo de las hostilidades; la prohibición a las exportaciones; las regulaciones de la censura; las transformaciones en los valores de las monedas. Durante la guerra, la lógica de ese proceso ha ido haciéndose más coherente; por ejemplo, el racionamiento planificado de las materias primas y de los productos alimenticios, la transformación de las relaciones de trabajo en relaciones de tipo militar, la creación del servicio civil, la dotación de armamento militar en los barcos comerciales, la ampliación ilimitada de las competencias de los estados mayores, el "programa Hindenburg", la lucha del general Ludendorff para reunir bajo una única autoridad los comandos político y militar.

No obstante, a pesar de los espectáculos tan grandiosos como escalofriantes de las últimas "batallas de material" en las que el talento humano para la organización celebra su triunfo sangriento, todavía no se han alcanzado todas las posibilidades. Aunque se sitúen en la vertiente técnica del proceso, no pueden serlo hasta el momento en que el orden militar imponga su modelo al orden público en épocas de paz. Por eso en muchos Estados, después de la guerra, se observa hasta

qué punto los nuevos métodos de organización se confunden ya con el modelo de la movilización total.

Piénsese, por ejemplo, en ciertos fenómenos como las crecientes restricciones de la "libertad individual", aunque a decir verdad, y desde sus orígenes, esa reivindicación haya sido problemática. Pero semejante violación, cuya finalidad es hacer desaparecer todo lo que no sea engranaje del Estado, es ya efectivo en Rusia y en Italia, pero también entre nosotros, en Alemania, y es posible observar que todos los países, si pretenden jugar un papel en la escena internacional, se ven obligados a radicalizar esas restricciones si quieren estar en condiciones de desencadenar fuerzas de un género nuevo. Otros fenómenos ponen de manifiesto esa evolución: en Francia ha aparecido una nueva manera de apreciar las relaciones de fuerzas bajo el ángulo de la *energía potencial*, y América ejemplifica la colaboración, ya en marcha en tiempos de paz, entre estados mayores e industria. Algunas cuestiones apuntan al meollo del problema del equipamiento, y la literatura de guerra, en Alemania, se ha apoderado también de ello a fin de forzar a la opinión pública a establecer juicios aparentemente retrospectivos, pero en realidad, a largo plazo, referentes al porvenir de los problemas militares. En Rusia, el "plan quinquenal" ha ofrecido al mundo el primer intento de coordinación de todos los esfuerzos de un gran imperio para hacerlos converger hacia una perspectiva *única*. A ese respecto, es interesante constatar cómo se ha subvertido el pensamiento económico. "La economía planificada", última consecuencia de la democracia, desborda su propio campo para llegar a ser, esencialmente, despliegue de fuerzas. Esa mutación está en marcha en numerosos fenómenos de nuestra época, y la poderosa presión de las masas acaba por cuajarla.

Pero tanto defensa como ataque exigen esfuerzos extraordinarios, y es sin duda en eso donde se dibuja aun más claramente la limitación que pesa sobre el conjunto del planeta. Lo mismo que toda vida lleva en sí el germen de su muerte, ese nuevo fenómeno que son las grandes masas implica una especie de democratización de la muerte. La era del disparo bien apuntado ya ha pasado. El jefe de escuadrilla que, desde las alturas en la noche, da la orden de bombardear, no distingue entre combatientes y civiles, del mismo modo que las nubes de gas se propagan sobre todo lo que vive con la indiferencia de un fenómeno meteorológico. El que tales amenazas sean posibles supone una movilización que no es ni parcial ni general, sino total, y abarca hasta el niño en la cuna; porque está amenazado, como todo el mundo, y más aun. Podríamos extendernos más, pero basta considerar la suerte reservada a nuestra vida cotidiana, la disciplina férrea a que está sometida, esos distritos urbanos ahogados bajo el humo, la física y la metafísica de su comercio, los motores, los aviones, las metrópolis en las que se amontonan millones de seres; se adivinará entonces, con un sentimiento de escalofrío mezclado de envidia, que no hay allí ya ningún átomo ajeno al trabajo y que nosotros mismos estamos, al nivel más profundo, abocados a ese proceso frenético. La movilización total se realizará a sí misma, porque es, en tiempos de paz como de guerra, la expresión de una exigencia secreta y forzosa a la que nos somete esta era de masas y de máquinas. Cada existencia individual se convierte en una existencia de *Trabajador*, sin que pueda existir el menor equívoco por mucho tiempo; a la guerra de los caballeros, a la de los soberanos, la sucede *la guerra de los trabajadores* -y el primer gran enfrentamiento del siglo XIX nos ha dado ya un esbozo de lo que será su estructura racional y su carácter escalofriante.

4. No hemos hecho más que aflorar el aspecto técnico de la movilización total. Habría que seguir sus perfeccionamientos desde las primeras levadas de masas ordenadas para la Convención durante la

Revolución Francesa y la reorganización del ejército por Scharnhorst hasta los enérgicos programas de equipamiento de los últimos años de la guerra, durante los cuales los países se han transformado en gigantescas fábricas produciendo armas en cadena a fin de estar en condiciones, las veinticuatro horas del día, de enviarlas al frente donde un proceso sangriento de consumo también totalmente mecanizado, jugaba el papel de consumidor. Por mucho que le choque al sentimiento heroico -del que hablábamos al principio del texto- la monotonía de ese espectáculo que recuerda el funcionamiento preciso de una turbina alimentada por sangre humana-, el contenido simbólico que lo habita no es equívoco: se trata de la manifestación en los asuntos de la guerra de una consecuencia directa de la época que vivimos; es su brutal emblema.

No obstante, la vertiente técnica de la movilización total no constituye el aspecto decisivo. Su principio, como los presupuestos de cualquier técnica, es mucho más profundo: lo definimos como *disponibilidad* por ser movilizados. Tal disponibilidad se daba en todos los países, y la Gran Guerra fue una de las guerras más populares de la historia, aunque sólo sea por haber estallado en una época que negaba popularidad a cualquier otro tipo de conflictos. Por otra parte, con excepción de algunas acciones de pillaje y alguna guerra colonial, los pueblos venían gozando de un período de paz relativamente largo: pero prometíamos, al comienzo de este ensayo, dejar a un lado la descripción de ese nivel elemental, donde se mezclan las pasiones salvajes y sublimes que animan a los hombres y los hacen sensibles a la llamada de las armas. Por el contrario, intentaremos desbrozar el amontonamiento de signos muy diversos que anuncian y acompañan a este conflicto singular.

Frente a otros despliegues de fuerza semejantes en amplitud, como los que se expresan en gigantescos edificios como las pirámides y las catedrales o en guerras que crispan la totalidad de los nervios vitales -despliegues de fuerza que se caracterizan por estar desprovistos de "utilidad"-, los análisis económicos, incluso los más penetrantes, son insuficientes. A eso se debe que la escuela del materialismo histórico sólo capte del proceso sus aspectos inesenciales. Ese tipo de despliegue de fuerzas nos debe llevar a suponer que estamos ante un fenómeno de orden cultural. Al decir que considerábamos el progreso como la gran iglesia popular del siglo XIX, ya indicábamos el nivel al que pensábamos que se dirigía, con posibilidades de ser entendida, la llamada movilización total, sin cuya ayuda sería imposible desplegar en las masas su carácter esencial, es decir, su naturaleza de *credo*. Por otra parte, las masas apenas si estaban en condiciones de sustraerse a esa petición puesto que se apelaba cada vez más a su convicción, y puesto que los grandes discursos que se agitaban se hacían la expresión, cada vez más brutal, de una orientación progresista. Independientemente de la brutalidad y la grosería con las que esas palabras eran pronunciadas, su eficacia no ofrecía dudas y recuerda esos señuelos cambiantes que se usan, en la caza de acecho, para llevar a la pieza hasta el lugar donde le esperan los cazadores.

En efecto, la misma mirada superficial que intentara un reparto meramente geográfico de los beligerantes en vencedores y vencidos no puede no dejar de reconocer a los países "en progreso" -privilegio que parece reposar sobre una especie de automatismo en el sentido de la teoría darwinista de una selección de los "más fuertes". Un fenómeno vuelve ese reflejo especialmente significativo: algunos países como Rusia e Italia, aunque formen parte del clan victorioso, no han podido evitar una destrucción profunda de sus sistemas políticos. Bajo ese ángulo, la guerra sirve de piedra de toque fiable cuyo veredicto obedece a leyes estrictas propias: se diría un temblor de tierra que pone a prueba los fundamentos de todos los edificios. Además, se ha puesto de manifiesto que en una época en la que se esfuma la fe en los derechos universales del hombre, las

monarquías se habían vuelto caducas frente a los estragos de la guerra: las coronas alemana, prusiana, rusa, austríaca y turca mordieron el polvo, sin contar otras pequeñas realezas. El estado donde subsistía, como un fantasma, una forma de vida medieval -un poco como una isla donde sobreviviera una era geológica extinta-, Austria-Hungría, se ha desmantelado como un edificio destruido por una explosión, y la última monarquía absoluta (en el sentido tradicional del término) de Europa, la monarquía zarista, ha sucumbido a una guerra civil que la ha destruido, tal cual una epidemia que, contenida durante bastante tiempo, se declara bruscamente a través de síntomas espantosos.

Por otra parte, llama la atención la increíble fuerza de inercia de la estructura del progreso, incluso en condiciones de gran debilidad material. El estallido de los amotinamientos de 1917, que han constituido una grave amenaza para el ejército francés, representa un segundo milagro del Marne, un milagro moral, más sintomático de la naturaleza de esa guerra que el primero, simplemente militar, en 1914. Igualmente, los Estados Unidos, regidos por una constitución democrática, pudieron declarar la movilización tomando medidas cuyo rigor hubiese sido impensable en ese Estado militar que es Prusia, país de voto censitario. Y nadie duda que América ha sido la gran vencedora en ese conflicto, aun cuando ignora "los castillos en ruinas, las formaciones basálticas, las historias de fantasmas, de bandidos y caballeros". Por lo que se refiere a los Estados Unidos, apenas importa que fuese o no un Estado militar, ni en qué medida: lo que ha sido decisivo es su capacidad para movilizarse totalmente.

Y Alemania debía perder necesariamente la guerra, aunque hubiese ganado la batalla de Marne y la guerra submarina, puesto que, a pesar de la seriedad con la que se preparó la movilización parcial, una gran parte de sus fuerzas quedó fuera de la movilización total; la estructura de su equipamiento le permitía ciertamente obtener triunfos parciales, pero no le consentía alcanzar, soportar y explotar un éxito.

Pero antes de extraer otras conclusiones de esa idea, intentaremos examinar más en detalle la relación entre progreso y movilización total.

5. El que trate de abarcar toda la tonalidad abigarrada de la idea de progreso se convencerá inmediatamente que el asesinato político perpetrado sobre una personalidad principesca sólo podía afectar, en el siglo siguiente al de la decapitación de Luis XVI, a un nivel de conciencia menos poderoso, menos profundamente enraizado en la fe que en las épocas en que un Ravailac, o un Damiens incluso, eran condenados a sufrir en público espantosas torturas, considerándose los prole del demonio. Actualmente, un príncipe ocupa, en la escala de valores impuesta por el progreso, el rango de una especie poco favorecida.

Hagámonos la idea absurda de que nos hemos convertido en un responsable de la propaganda, a un nivel elevado, y que tenemos que preparar una campaña de opinión destinada a sostener una guerra moderna; podríamos elegir entre dos acontecimientos para desencadenar la primera ola de emoción: el asesinato de Sarajevo o la violación de la neutralidad belga. No cabe duda sobre la decisión que tomaríamos para obtener el mayor impacto. Independientemente de la parte que haya jugado el azar, el pretexto inmediato de la guerra mundial esconde una significación simbólica, ya que a través de los asesinatos de Sarajevo y su víctima, el heredero del trono de los Habsburgo, se han enfrentado dos principios" el nacionalista y el dinástico -dicho de otra forma, el moderno

"derecho a la autodeterminación de los pueblos" y el principio de la legitimidad, restaurado con dificultades, en el Congreso de Viena, por una diplomacia anticuada.

Ciertamente, no hay nada de malo en ser, en el buen sentido del tiempo, no-contemporáneo, y querer ejercer una influencia profunda a fin de conservar lo que la tradición nos ha legado. Pero eso supone una fe. Aunque, si se quiere definir la ideología de los Imperios Centrales, hay que reconocer que no era "contemporánea" ni "no-contemporánea". Era simultáneamente contemporánea y no-contemporánea, de lo que sólo podía resultar una mezcla de falso romanticismo y liberalismo patizambo. El observador señalará una preferencia por un fondo anticuado, por un estilo posromántico y especialmente el de la ópera wagneriana. Fórmulas como el juramento de los nibelungos o algunas proclamas pagadas sobre el éxito de una llamada a la guerra santa contra el islam surgen ambas del mismo fondo. Entiéndase bien, nos referimos a problemas técnicos y de organización, es decir, que hablamos de la manera como se moviliza esa sustancia, no de la sustancia misma. Pero precisamente la inadecuación de esa ideología pone de manifiesto los defectos de la relación de los grupos dirigentes tanto con las masas como con los poderes más profundos.

Por eso la célebre frase, genial aunque involuntaria, que califica a la constitución belga como de "papel mojado", se resiente por haber sido pronunciada con siglo y medio de retraso, y por corresponder a una actitud que se podía comprender por un romanticismo prusiano, pero que en el fondo no tenía nada de ello. Federico el Grande habría podido hablar así y, siguiendo el espíritu del despotismo ilustrado, mofarse de las constituciones en pergamino amarillento. Pero Benthmann-Hollweg o podía ignorar que, en nuestros días, un trozo de papel en el que figura una Constitución posee un valor casi semejante al de la hostia bendita para los católicos; y que es propio del absolutismo romper tratados, pero que la fuerza del liberalismo reside precisamente en prorrogarlos. Basta estudiar los intercambios diplomáticos que precedieron a la entrada en la guerra de los Estados Unidos: giraron alrededor de una nación, el principio de una "libertad de los mares", que ejemplifica muy bien la manera como en ese momento el interés propio de una de las partes adquiere el rango de postulado humanitario y se transforma en universal. La socialdemocracia alemana, uno de los principales pilares del progreso en nuestro país, había captado muy bien el aspecto dialéctico de su misión y había identificado el sentido de la guerra con la destrucción del régimen antiprogresista de los zares.

Pero eso no es nada comparado con los medios de que disponía América para movilizar a las masas. No cabe duda que la *civilización* está más unida al progreso que la *Cultura*; el lenguaje de aquella es hablado sobre todo en las grandes ciudades y maneja significados y conceptos a los cuales la cultura ("Kultur") es tanto hostil como indiferente -la cultura no puede explotarse con fines propagandísticos y no consiente su utilización publicitaria-.

Pero de ningún modo tenemos la intención de deplorar lo inevitable. Únicamente constatamos que Alemania no ha estado en condiciones, durante la guerra, para corresponder de forma aprovechable y pertinente al espíritu de la época, independientemente de la forma que haya adoptado. Igualmente Alemania no ha llegado nunca a convencer a su propia conciencia, o a la del mundo, de la validez de un principio que fuese superior al espíritu de la época. Por el contrario, la hemos visto buscar, bien en un registro romántico e idealista, bien en un registro racionalista y materialista, esos símbolos y esas imágenes que el combatiente desea arbolar en sus banderas. Pero la pertinencia de esos registros, tomados tanto del pasado como de culturas extrañas al genio



alemán, no bastó para dar a esa movilización de hombres y máquinas la seguridad de una credibilidad absoluta, requerida sin embargo para ese enfrentamiento mundial.

Así pues, una razón más que justifica nuestra investigación: cómo esa impotencia de Alemania no ha empeñado la sustancia primera, la fuerza original del pueblo ("Volk")? La manera como -en los comienzos de esa cruzada de la razón a la que han sido llamados los pueblos bajo la dirección de un dogma tan claro y persuasivo- una juventud alemana tan ardiente, tan entusiasta y tan ávida, transformó la llamada a las armas en una búsqueda de la muerte, casi única en nuestra historia, nos llena de asombro.

Si a uno de esos jóvenes combatientes se hubiese preguntado por el motivo por el que iba al frente, le hubiese sido casi imposible dar una respuesta clara. Raramente se habrá oído que luchaba contra la barbarie y la reacción o por la civilización, la liberación de Bélgica o la libertad de los mares; seguramente se habría respondido: "por Alemania", el grito de los regimiento de los voluntarios al ataque. Y sin embargo, esa brasa extraña que ardía por una Alemania invisible e inexplicable logró desencadenar una movilización que dejó a varias naciones temblando hasta el hueso. Qué habría pasado de haber estado dotada de una orientación, de una conciencia y de una estructura?

6. La movilización total, en tanto que medida decretada por el espíritu de organización, sólo es un índice de esa movilización superior producida por la época a través de todos nosotros. Esa *movilización* posee su propia lógica; y si la lógica humana quiere conservar alguna eficacia, habrá de seguir un curso paralelo.

La mejor confirmación de esa idea es la aparición, en el curso de la guerra, de fuerzas que se han opuesto a ella. No obstante, esas fuerzas son más semejantes de lo que parece a las potencias implicadas en el conflicto. La movilización total cambia de campo de operaciones, pero no de sentido, cuando en lugar de los ejércitos sacude a las masas y desencadena el proceso de una guerra civil. Desde entonces, la acción se desenvuelve en dominios que se sitúan fuera de la competencia estrictamente militar; como si las fuerzas que no había sido requisadas para la guerra exigiesen también su parte en el sangriento conflicto. Dicho de otra forma, cuanto mejor sepa la guerra desde el primer momento movilizar en profundidad y en su único beneficio la totalidad de las fuerzas disponibles, menos errores cometerá y no dudará sobre el camino a seguir.

Hemos visto que en Alemania el espíritu de progreso sólo había podido ser movilizado parcialmente; mientras que en Francia, por ejemplo, esa movilización se ha producido bajo mejores auspicios, de lo que hallamos u ejemplo en Henri Barbusse, entre otros mil. Aunque era un adversario declarado de cualquier conflicto militar, no percibió sin embargo otra posibilidad, para mantenerse fiel a sus ideas, que aceptar en principio ese conflicto, que se representó como la lucha del progreso y de la cultura, de la humanidad e incluso de la paz contra el enemigo de todos esos valores: "Hay que acabar con la guerra en las entrañas de Alemania".

Cualquiera que sea la complejidad de esa dialéctica en acción, su resultado es inexorable. Un hombre en que la inclinación guerrera parecía haber desaparecido totalmente: sin embargo, no rechaza el fusil que su país le tiende, porque no percibe la manera de librarse de esa obligación. Podemos observarle, el espíritu torturado cuando monta la guardia en ese infinito desierto de trincheras, pero, llegado el momento, abandonando como cualquier otro esa trinchera para lanzarse

al ataque y atravesar la terrorífica barrera de la artillería. Pero, a fin de cuentas, qué hay de asombroso en esa actitud? Barbusse es un combatiente, como los otros, un soldado del humanitarismo, igual de incapaz de evitar la barrera de artillería y los gases, que la Iglesia de desvestirse de la espada secular. Verdaderamente, un Barbusse tenía que vivir necesariamente en Francia para verse movilizado en esa proporción.

En Alemania, gente como Barbusse se tuvieron que enfrentar con una situación más difícil. Sólo hubo algunos intelectuales aislados que adoptaron, desde los primeros días del conflicto una posición neutral y decidieron sabotear abiertamente la marcha de la guerra. La inmensa mayoría se integró en los cuadros del ejército. Por seguir con el ejemplo de la socialdemocracia alemana, y dejando a un lado el que a pesar de su dogma internacionalista estaba formada por obreros alemanes, por lo tanto, podía ser afectada por un impulso de heroísmo, ha realizado en su ideología incluso una revisión que más tarde se le reprocharía como "una traición al marxismo". Se puede seguir los detalles de tal viraje en un discurso pronunciado por el jefe de la socialdemocracia, Ludwig Frank, en tanto que diputado del Reichstag, durante el período crítico de los inicios del conflicto: "Nosotros, camaradas sin patria, sin embargo sabemos que, aunque sólo somos hijos ilegítimos, somos hijos de Alemania, y que debemos combatir por nuestra patria contra la reacción. Cuando se declara una guerra, los soldados socialdemócratas cumplen con su deber". Esa significativa frase contiene ya en germen los dos aspectos del conflicto, guerra y revolución, de cuyo destino iba a depender la historia.

Los diarios y revistas progresistas, durante la guerra, ofrecen una multitud de pequeñas informaciones a quien desee estudiar el detalle de esa dialéctica. Por ejemplo, que Maximilian Harden, redactor jefe del *Zukunft* y sin duda uno de los periodistas más conocidos de la época wihelmiana, comenzó a alinear su actividad pública con los objetivos del Estado Mayor general. Una sola nota a ese respecto, ya que es reveladora: supo hacerse igualmente el intérprete del radicalismo beligerante como del extremismo revolucionario. O que un órgano de prensa como *Simplizissimus*, que había hecho reír atacando con su humor corrosivo los aspectos absurdos de todas las instituciones, sin excluir al ejército, adoptó rápidamente una posición chauvinista. Por otra parte, hay que señalar que la calidad del periódico ha bajado en la misma proporción en que el elemento patriótico desplazaba al anterior; es decir, en la medida en que ese órgano abandonaba el campo anterior.

Esa hendidura íntima que jugó un papel tan determinante se revela de la manera más patente en la personalidad de Rathenau y confiere a esa figura, haciéndole justicia, una dimensión trágica. Rathenau, que fue "movilizado" en amplia medida, que jugó un papel decisivo en la organización del complejo logístico y que, poco antes de la derrota, agitaba aun la idea de un "levantamiento en masa", pronunció sin embargo poco después, la conocida fórmula según la cual la historia del mundo habría perdido su sentido si los representantes del Reich hubiesen franqueado vencedores el arco del triunfo. Cómo es posible semejante cambio? Se diría que una movilización parcial puede, en una persona, explotar las capacidades de orden técnico sin afectar a las convicciones profundas.

7. Con nuestros últimos luchadores todavía cayendo frente al enemigo, el ejército secreto y el estado mayor secreto que gobernaban al progreso alemán dieron la bienvenida al colapso. Nos hacían recordar las festividades de las que se rodea una victoria. Ese fue el mejor aliado de la Entente, cuyos ejércitos pronto franquearían el Rin, y fue también su caballo de Troya. La poca resistencia

opuesta por las autoridades cuando cedieron terreno indica hasta qué punto el nuevo espíritu había sido admitido. Ninguna diferencia esencial separaba a las partes en conflicto.

Pero es también el motivo por el cual la transformación política que tuvo lugar en Alemania adoptó una forma benigna. Así, los ministros socialdemócratas jugaron hasta el último momento con el mantenimiento de la corona imperial. Pero qué sentido podría tener semejante decisión, excepto la de mantener una fachada? El inmueble estaba ya desde hacía tiempo tan cargado de hipotecas progresistas que no podía subsistir ninguna duda en cuanto a la verdadera identidad del propietario.

Pero el que las autoridades hayan preparado la mutación política no constituye el único motivo por el cual esa transformación no ha revestido un carácter tan subversivo como en Rusia, por ejemplo. Hemos explicado que la mayoría de las fuerzas progresistas había sido movilizada por la guerra; y el gasto de energía había sido tal que no se podía reinvertir nada en la lucha interna. O con una formulación más personal: hay una diferencia entre el acceso de un antiguo ministro al puesto de mando y el que una aristocracia revolucionaria, que se ha constituido durante el exilio siberiano, alcance el poder.

Alemania ha perdido la guerra consolidando su lugar en el hemisferio occidental y progresando hacia la civilización, la libertad y la paz, en el sentido que dan a esas palabras los Henri Barbusse. Por otra parte, qué podía esperarse desde el momento en que Alemania ensalzó esos mismos valores y nunca se habría atrevido a llevar el combate fuera de "ese juro que ciñe a Europa"? Eso habría exigido que se explotasen más profundamente nuestros propios valores, que se hubiesen tenido otros aliados y otras ideas. Y hubiese sido posible valorar nuestra propia sustancia de haberse producido esa movilización con y a través del optimismo progresista, tal como lo ejemplifica Rusia.

8. Consideremos el mundo que ha salido de la catástrofe: Qué unidad de acción, qué rigor en la lógica de la historia! A decir verdad, el éxito no habría sido más claro si se hubiesen reunido en un punto todas las formaciones intelectuales y todas las realizaciones materiales, que desbordaron el siglo XIX y llegaron hasta nosotros, para despacharlas con toda la potencia de fuego actualmente disponible.

El viejo carillón del Kremlin toca ahora la Internacional; en Constantinopla, los alumnos no aprenden a descifrar la antigua escritura del Coran, sino los caracteres latinos; en Nápoles y en Palermo policías fascistas regulan la calma de la vida mediterránea según los principios del código de carreteras. En los países más alejados, y todavía casi legendarios, se inauguran edificios para Parlamentos. La abstracción, por tanto, la crueldad, se acentúan en todas las relaciones humanas. Un nuevo racionalismo sustituye al patriotismo, poderosamente fundido con nociones presentes ahora en la conciencia de la gente. El fascismo, el bolchevismo, el americanismo, el sionismo, los movimientos de emancipación de los pueblos de color son otros tantos saltos adelante del progreso impensables hace poco. El progreso se desnaturaliza de alguna manera a fin de proseguir su movimiento a un nivel más elemental, tras una espiral ejecutada por una dialéctica artificiosa: empieza a dominar a los pueblos bajo formas que ya no se distinguen de las de un régimen totalitario. Un poco por todas partes, la máscara del humanitarismo, por decirlo así, se ha caído; y se ve surgir un fetichismo de la máquina, medio grotesco, medio bárbaro, un culto ingenuo de la técnica -precisamente allí donde no existe ninguna relación directa y

productiva con ese potencial energético del que la artillería de largas distancias y los escuadrones bombardearon representan su expresión marcial. Simultáneamente, el aprecio por la cantidad se hace general: proporción de consentimiento, porcentaje de opinión pública se convierten en factores políticos decisivos. A fin de reducir lo que queda del viejo mundo -que acaba por marcharse él mismo-, el progreso utiliza esencialmente dos ideologías, dos piedras de toque: el socialismo y el nacionalismo. Desde hace un siglo, la "derecha y la izquierda" se han disputado, como una pelota, la adhesión de las masas cegadas por el señuelo del derecho del voto; y ha seguido pareciendo que una de las partes ofrecía algún refugio frente a las exigencias de la otra. Pero, en nuestros días y en todos los países, su identidad se revela cada vez más claramente; el mismo sueño de libertad desaparece, como estrangulado por la garras de una tenaza de acero. Grandioso y terrible espectáculo el de las masas, cada vez más uniformadas, atrapadas en la celada tendida por el espíritu del mundo. Cada uno de sus gestos sólo contribuye a aprisionarlos más estrechamente y más despiadadamente. Entran entonces en juego algunas formas de constricción más poderosas que la tortura, tan poderosas que los hombres las acogen con entusiasmo. El sufrimiento y la muerte están al acecho detrás de cada escapatoria que adopte por símbolo la felicidad. Desgraciado el que avance desarmado!

9. A través de las grietas y las juntas de esta torre babilónica, nuestra mirada descubre ya hoy un mundo apocalíptico cuya visión helaría el corazón del más intrépido. Pronto la era del progreso nos parecerá tan enigmática como los secretos de una dinastía egipcia. En esa era, el mundo le había concedido uno de sus triunfos que, por un momento, aureola de eternidad la victoria. Con la última violencia, y más amenazantes que Aníbal, ejércitos sombríos habían golpeado las puertas de las grandes ciudades y de los edificios fortificados.

En las profundidades de su cráter, la última guerra tenía un sentido que ningún lógico ha logrado elucidar. El voluntario percibió en su entusiasmo el poderoso resonar de la voz de un daimon alemán, en el que se aliaron el desagrado por los valores antiguos y el deseo inconsciente de una vida nueva. Quién habría pensado que esos hijos de una generación materialista saludarían la muerte con tanto fervor? Fue el anuncio de una vida abundante e ignorante de la frugalidad de los indigentes. Así como la verdadera realización de una vida bien llevada no es más que acceder a su naturaleza auténtica y más profunda, igualmente, en mi opinión, el resultado de esta guerra no es otro que el acceso a una Alemania más profunda. Que eso es así, lo confirma la inestabilidad actual, ya que es el signo de una raza nueva cuyos deseos sobrepasan las ideas presentes y no se satisfacen con ninguna imagen del pasado. Reina una fértil anarquía que tiene por origen los elementos de tierra y fuego, y lleva en germen una dominación de nuevo cuño. Una nueva forma de organización se anuncia decidida a forjar armas cuyo acero, más puro, más sólido, estará a prueba de cualquier resistencia.

El alemán ha hecho la guerra con la ambición, a su entender muy modesta, de ser un buen europeo. Pero en la medida en que Europa luchaba contra Europa, únicamente Europa podía salir vencedora del conflicto. Y sin embargo, esa Europa cuya superficie cubre actualmente casi todo el planeta se ha hecho muy ténue, apenas si es ya un barniz: su extensión espacial tiene por corolario la ruina de su fuerza de persuasión; pero nuevas fuerzas están a punto de surgir.

A un nivel más profundo, que no es el dominio en el que se aplica la dialéctica de las finalidades de la guerra, el alemán ha encontrado una fuerza más poderosa: él mismo. La guerra fue

también y sobre todo, la ocasión de su autorrealización. Por eso la nueva organización que ya nos orienta desde hace tiempo debe ser una movilización de lo que es alemán -y nada más.-

-Texto traducido del alemán. Traducción corregida a partir de la versión inglesa realizada por Richard Wolin y Joel Golb.